

11(789a-1)
FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

Historia de la Emancipación Americana

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

7483

FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

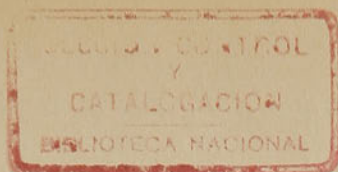
TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.



DEDICATORIA

Señor Doctor

Don VICENTE LECUNA.

Presente.

Muy distinguido amigo:

Casi veinte años han pasado desde el día, en mis recuerdos inolvidables, de nuestra primera entrevista en Caracas. La conversación se orientó hacia el Hombre máximo de América y Vd. tuvo la bondad de estimularme al estudio de la vida de Simón Bolívar.

Me ha proporcionado Vd. con esto las verdaderas satisfacciones de la contemplación del espíritu del Libertador, hallando en sus pensamientos la solución de múltiples problemas humanos y una eficaz armonía entre ellos y su metódica acción para estructurar la vida de los pueblos que formó.

Admirables son sus unidades de concepto y de obra y brillan especialmente en esta guerra de la integración colombiana, en sus dolores de Popayán a Bomboná; en su resolución de toda una vida sintetizada en la orden del día de Cariaco: **DEBEMOS VENCER Y VENCEREMOS**. No era el laurel de un combate lo que buscaba; su victoria tenía mayores alcances, eran los de la libertad, del orden democrático y de la Unión Continental.

Formó el alma de un pueblo en las guerras venezolanas; lo elevó a la mayor dignidad de libertar a Nueva Granada; el fuego de sus victorias hace la fraternidad de los hombres desde el Orinoco al Magdalena, cubriéndolos de gloria en Carabobo. No cesa en su empeño de unión y rompe las últimas cadenas en las fraguas de Bomboná y Pichincha que se recuerdan en esta historia.

En el orden militar esta guerra de la Independencia del Ecuador es la realización de un maravilloso plan de batalla estratégica en cuyas líneas extremas Bolívar impuso, en la zona del Norte, la capitulación del Ejército realista en el mismo día en que su Lugarteniente, el General Sucre, rendía al enemigo en las faldas del Pichincha. Los dos soldados de Venezuela aseguraban la libertad de América.

¡Cuánta fructífera lección guerrera, social, internacional, económica y de ciencia del corazón humano en estas grandes horas de Bomboná, hasta el reconocimiento espontáneo de sus superioridades en Guayaquil!

Quiera, mi siempre recordado amigo, aceptar la dedicatoria de esta parte de mis GUERRAS DE BOLIVAR como un homenaje de mi gratitud por haberme proporcionado los regocijos de este estudio y la consignación para las generaciones futuras de las grandes enseñanzas de justicia social, de equilibrio democrático de la autoridad y del pueblo y de solidarismo internacional para el gran progreso que fueron la constante inspiración del Libertador.

Soy su amigo de siempre,

FRANCISCO RIVAS VICUÑA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V.

La Gran Colombia

1821-1823

INDICE

Pág.

Dedicatoria al Señor Doctor don Vicente Lecuna	V
--	---

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

I.—Hacia la unión americana	3
II.—Prestigios en el exterior. El derecho triunfante	35
III.—La campaña del Centro y su frente Norte: Bomboná	51
IV.—La campaña del Centro y su frente Meridional: Pichincha	133
V.—La integración colombiana	176
VI.—Agonías de los invasores	209

SEGUNDA PARTE

LA VIDA INTERNACIONAL

I.—El nacionalismo peruano	227
II.—La entrevista de Guayaquil y la democracia colombiana	273
III.—El triunfo de la idea. Las vacilaciones del interés	317
IV.—Solidaridad y cooperación hispano americana	348
V.—La grandeza de Colombia	366
VI.—La gran crisis peruana	385
VII.—Las naciones libertadoras	452

ILUSTRACIONES

Mapa Número 1.—Itinerarios de Bolívar y de Sucre	128
Mapa Número 2.—El territorio de Bomboná	160
Mapa Número 3.—Maracaibo y Puerto Cabello	216

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

TOMO IV

1821 — 1823

La Gran Colombia

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

- I.—Hacia la unión americana.
- II.—Prestigios en el Exterior.—El derecho triunfante.
- III.—La Campaña del centro y su frente norte.—
Bomboná.
- IV.—La campaña del centro y su frente meridional.
—Pichincha.
- V.—La integración colombiana.
- VI.—Agonías de los invasores.

EL NACIONALISMO PERUANO

Bolívar solidarista.—Lucha de ideales y reyertas de intereses.—El Norte y el Sur.—Sociografía peruana.—El Perú como gran centro realista.—La iniciación revolucionaria.—El gobierno Protectoral acentúa la clasificación social.—El monarquismo.—Empresa militar pasiva y desilusión popular.—Dictadura militar y personalismo.—Compulsiones del espíritu nacional.—Hacia la formación del alma peruana.

El vastísimo cuadro de las guerras de Simón Bolívar es la más amplia demostración de la integral robustez de las jóvenes naciones americanas que mantenían con una gran Potencia europea una controversia de derecho, en que nuestros hombres públicos avanzaban doctrinas, que eran novedad en el Viejo Mundo, y una lucha armada en cuyo desenvolvimiento el General caraqueño desplegó desde los 27 años de su vida las virtudes de un hombre de Estado para congrega pueblos en torno de la defensa de un principio y capacidades guerreras que le permitieron dirigir un vastísimo frente de combates, de más de 1,500 kilómetros, en cuyo circuito realizó la admirable campaña de envoltura y destrucción de la brillante expedición venida de España para sojuzgar a estos pueblos.

Sus planes militares se cumplieron según sus previsiones y terminaron en el territorio de la Gran Colombia con las victorias gemelas de Pichincha y Bomboná; una lucha de 12 años se había llevado a cabo con los recursos de naciones que todo lo sacrificaron a la defensa de sus legítimas prerrogativas, con el denuedo de sus hijos que empuñaron la lanza o dispararon sus rifles, con la acertada proporcionalidad de elementos y la genial distribución de combatientes deter-

minada por la prodigiosa mentalidad del conductor de la guerra de esos pueblos vigorosos.

En los afanes de la preparación de sus ejércitos y en las fatigas de las marchas, no todo era el toque del clarín; una voz más fuerte no sólo congregaba a los soldados sino a todas las familias para constituir la hueste de la lucha diaria por el progreso que es el deber humano, sometién dose a las disciplinas de la libertad organizada, dentro de los preceptos sanos de la democracia que deriva de sí misma los elementos de orientación y de regularidad de la marcha. Esos acentos resonaban en los Congresos de Guayana y de Cúcuta y, mientras unos combatían para asegurar los derechos reivindicados, los demás definían sus aplicaciones en la más amplia independencia deliberativa de los representantes populares.

Si alguna síntesis pudiera hacerse de la obra de Bolívar al término de sus campañas de 1822, cuando dejaba integrado el territorio de la Gran Colombia, sería decir que había demostrado que Hispano-América tenía quien pudiera organizar su defensa al igual que los más grandes capitanes del orbe, que sus hijos eran capaces de todas las disciplinas y de todas las abnegaciones de ese arte, que tenían muy alto concepto de la moralidad de estos conflictos, que sus sentimientos se anticipaban sobre el futuro mediante la prescripción de reglas humanitarias y de pactos de limitación de armamentos como los que propuso Bolívar en 1820, y que estos idealismos de los hombres de combate se traducían aún en su misión superior de trazar con sus armas un amplio circuito de tranquilidades para quienes debían batirse por el triunfo de la doctrina que hace la prosperidad de las democracias.

Honra es de Hispano-América la lucha por la emancipación, en la que triunfó por su energía propia, sin la ayuda de nación alguna, pues no eran cooperaciones de otros gobiernos las que obtenían los patriotas que trocaban sus riquezas por pertrechos de guerra a los comerciantes extranjeros y que recibían en sus filas a los soldados de otros pueblos que venían a labrarse un porvenir, combatiendo por la libertad. Este gigantesco esfuerzo es sin igual en la historia del

mundo y manifiesta todo el valor de una raza y honra especialmente a los pueblos del Norte que lo realizaron, ciñéndose a la doble ordenación de lucha sistemática y de disciplina de la libertad adquirida, que venía imponiendo Simón Bolívar.

Tanta mayor es su honra cuanto que el continuado sacrificio no tenía por único objetivo el bien propio, pues fué extendiéndose, a impulsos de la grandeza de alma del Libertador, al servicio de toda la comunidad americana. Con unos pocos venezolanos de selección, rompió Bolívar las redes del Conde de Cartagena y se apoderó del territorio interno de Venezuela, que fué su gran base estratégica, más que eso, de formación del alma venezolana; en el regazo de esa patria hallaron refugio los granadinos de las praderas de Casanare y luego fueron unidos a redimir su propio territorio y más tarde a expulsar al invasor que aún permanecía en las montañas de Venezuela, y, por fin, a exterminar su poderío en las cumbres andinas de Quito.

En esta generosidad no son igualados los pueblos colombianos sino por los hijos de Chile que dominaron con sus bajeles las vías marítimas del Pacífico, como Colombia conquistara las arterias terrestres de la guerra con sus escuadrones.

La lucha de soberanía que se desarrollaba en nuestros territorios era para las Potencias de Europa un cuadro en que ellas jugaban la ruina de España; las razas del Mediterráneo habían llevado las luces de sus idealismos a las regiones del Norte; fué primero la difusión del helenismo con sus filosofías y sus artes, luego la penetración de Roma con su derecho y sus legiones, y, finalmente, la expansión de España con su Armada, los tercios de sus Grandes Capitanes y la implantación del Derecho Cristiano dictado por sus Reyes. La civilización progresaba en las masas humanas del Norte, en cuyas almas eran más fuerte los anhelos de bienestar que las complacencias espirituales de los hijos del Sur; la lucha se trabó entre ambos campos, siendo al fin, si no vencidos, por lo menos limitados en sus influencias los grandes civilizadores del Mediterráneo. No era diversa la característica de nuestra guerra de independencia: una epopeya para

los españoles de ambas riberas del Atlántico, una contienda de ideales, y un episodio de sus rivalidades con España para las naciones del Viejo Mundo, una lucha de intereses.

Hemos de puntualizar algunos incidentes al ocuparnos en la acción internacional de Bolívar y, si recordamos ahora su generalidad, es para marcar la influencia que las rivalidades de las naciones de Europa ejercían sobre el progreso de nuestra América, obligando a quienes vivían consagrados a revelar los recursos que este Continente brinda a la humanidad, a defender con las armas en la mano las naturales prerrogativas que, de no mediar esas intervenciones, pudieron lograrse por el acuerdo que hubiera constituido el Imperio Español sobre los vigos de las naciones libres que pudieron tomarlo.

Desconocidas, menospreciadas las doctrinas de nuestros pensadores, fué preciso llevarlas al triunfo por las armas y Bolívar se impuso como jefe irremplazable del movimiento porque siempre tuvo la más nítida concepción del derecho que defendía y, si reunió a los hombres junto a su bandera, fué porque puso en sus almas sus propios convencimientos. La guerra es para dar la victoria al derecho americano, la realiza el pueblo americano y se mantiene con recursos americanos; de este modo ningún reflejo extraño vendrá a perturbar la obra de unión. Fué así como el Libertador consiguió los resultados que son nimbos de su corona de laureles y destellos de su aureola de director de pueblos; sólo por métodos iguales a los suyos conseguirán las mismas finalidades otros grupos sociales.

Uno era el derecho de América, el derivado de las posiciones actuales de los individuos y de las que ocupaban las diversas nacionalidades que constituían; su aplicación no podía ser la de consultas imitaciones de otros países, debiendo desprenderse de nuestras peculiaridades raciales y de costumbres, a fin de amoldar a ellas la ordenación de las vitalidades progresivas y su dirección tanto más fuerte cuanto más complejo era el cuadro de nuestras energías. Nada había que fuera aplicable a estas naciones sin modificación alguna, siendo el sistema británico el de mayores probabilidades de éxito con un Poder Ejecutivo fuerte, apoyado en la

opinión nacional y dirigido por la manifestación robusta de los deseos de un Parlamento. Era el principio fundamental de equilibrio, la igualdad entre la acción y la reacción que Bolívar recomendaba a los legisladores de Guayana y de Cúcuta.

Gracias a la firmeza en el mantenimiento de un principio propio de Gobierno, los pueblos del Norte realizaron su emancipación y practicaron una ciega devoción a sus doctrinas, eliminando las que se practicaban en Europa, pues ellas eran un elemento perturbador o el llamado de intervenciones extrañas, destructoras de la obra realizada. Bolívar y los próceres colombianos pudieron así constituir una nación responsable de sus propios destinos y que podría ofrecer a otras del Continente, y aun a la Madre Patria, su cooperación generosa para el mismo objetivo.

La guerra y la política así conducidas por los libertadores de Colombia, llega al contacto con los patriotas chilenos y argentinos en el campo de su conexión central que debió ser el Perú, según lo preveía Bolívar desde su campaña de Guayana y como lo deseaba la opinión pública de Chile que, ya desde 1813, se había trazado su programa de acción continental. Es fuera de duda que si los métodos de Argentina y de Chile hubieran sido idénticos a los de Colombia, en este momento histórico pudo existir un ejército fuerte en las Provincias Unidas del Plata, cerca de los linderos del Alto Perú, y dominado como era el Pacífico por la escuadra de Chile, la victoria de las armas americanas habría sido una verdadera marcha de parada para rendir las tropas del Virrey. La victoria final habría sido un abrazo de concordia y tras de él habría venido una paz de uniones eficaces, tal como la deseaba Bolívar y como la describía a sus agentes enviados a España.

Con estos objetivos, Chile hizo un esfuerzo verdaderamente superior a su potencialidad, creando una flota nacional y proporcionando al General San Martín el ejército que llevó a las playas del Perú en 1820; hará aún cuanto su extrema pobreza le permita y continuará luchando con los realistas, aun posesionados de los archipiélagos del Sur y con influencias perturbadoras en los vecinos distritos.

En cuanto a las Provincias del Plata, apaciguada la discordia civil que se originó en los proyectos de monarquía, tenían aún pendientes los problemas de jurisdicción territorial del antiguo virreinato y en ellos vinculaban sus manio-
bras políticas con el Imperio del Brasil, que era como una vanguardia de la política europea en nuestro Continente. Los dirigentes de Buenos Aires colocaron la guerra en sus líneas defensivas de 1813 y se eliminaron de las actividades que debieron corresponderles en la guerra general, siendo su tendencia constante la de la solución separada de sus propias cuestiones, con el esfuerzo mínimo, aun con la acción ajena, como habrá ocasión de puntualizarlo. Esto no importa una censura, es sólo dejar constancia de hechos que revelan un justo deseo de economizar esfuerzos de la nacionalidad naciente.

La lucha con España no terminará, pues, con la acción concorde del Norte y del Sur, con un solo frente en la guerra y en la política, como deseaba Bolívar; será decidida por los elementos que preponderen por los éxitos obtenidos y que sean capaces de dominar los territorios del Perú, aun ocupados por los Generales del Rey. Había entre estos militares eximios en su arte y hombres de Estado que confiaban en sus capacidades de resistencia para desmoralizar al enemigo, para alejarle simpatías por las opresiones propias de la guerra, para acentuar los desacuerdos políticos que vieron diseñarse en las conferencias de Punchauca, para generalizar la situación anárquica del Plata y dar así probabilidades de triunfo a una expedición que enviara el Gobierno de Madrid, si, tranquilizadas las conmociones del absolutismo, le fuera posible equiparla con elementos nacionales o con el auxilio de las Potencias cuyo apoyo solicitaba. Era una remota esperanza, pero a fuer de hidalgos, los jefes españoles debían mantener estas expectativas para su patria cuya mayor grandeza deseaban conservar con sus afanes; si, por el contrario, en el libro de los destinos estaba escrito que en sus manos sucumbiera no sería sin haber roto la última lanza en el último palenque.

Esperanza española la conservación del Virreinato del Perú, era un peligro para la democracia de América y se hacía necesario despejar rápidamente el enigma, como lo mani-

festó Bolívar después de su triunfo en Carabobo, preparando la reunión de los ejércitos de Chile y de Colombia, en los campos del Perú. La conexión va a realizarse en condiciones muy diversas a las que podían deducirse de los éxitos militares del Libertador y de los triunfos navales de Blanco y de Cochrane; ella no se verificará por la aproximación metódica a las fronteras, como pudo hacerse, en forma que se produjera un movimiento interno de espontaneidades facilitadoras del triunfo, sino por la penetración en un ambiente ya conmovido por la revolución y por movimientos reaccionarios, de modo que al problema guerrero se agregaba una incógnita más: la del medio social en que actuarán las fuerzas libertadoras.

El problema del Perú no será como el de Chile, en lucha con las expediciones realistas venidas desde España o de Lima; no tendrá los caracteres de todo un pueblo combatiendo con el ejército peninsular del Teniente General Morillo, en Guayana, en Apure y en el Magdalena; será eso por cuanto eran capitanes españoles los que organizaban ejércitos, más se complicará con las existencias de desacuerdos entre el sistema del medio ambiente y el de los demás países ya victoriosos por las armas.

El campo en que había actuado el General San Martín, pasando de sus cuarteles de Mendoza a Chile, y el que había sido teatro de las guerras de Bolívar no eran semejantes al del Perú; importa conocerlo para aquilatar la empresa que preparaban las fuerzas colombianas. La guerra ha creado las nacionalidades de Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, ella misma las unió en la República de Colombia y todas juntas vienen a luchar en el Perú que, antes de la revolución, ya tenía todos los rasgos de una sociedad bien definida, que ha logrado cierta estructura sólida, a pesar de lo heterogéneo de sus elementos.

Esta organización interna debió facilitar la lucha libertadora, bastando provocar el paralelismo de sus propias energías con las desarrolladas en las demás colonias. El nacionalismo peruano preexistía y todo el problema se concretaba a su armonía con los métodos aplicados en los países que le precedieron en la contienda.

Al procurar la descripción del ambiente del Perú en los días de la Independencia, prescindiremos de toda apreciación personalista; los hombres sólo son reveladores de una resultante social y procuraremos referirnos a ésta únicamente para determinar las cualidades de ese nacionalismo, en cuanto interese a nuestra historia.

Los conquistadores de Francisco Pizarro encontraron constituido el imperio incásico del Perú, que no era sino la dominación que una raza superior pudo ejercer por la agrupación de pueblos de menor cultura en torno de una idea supraterrrenal y de la vigorización de la autoridad mediante los beneficios derivados de su enseñanza y de su dirección. Los organizadores de esta sociedad primitiva de los pueblos aymará y quechuas venían tal vez de Oriente a juzgar por los delineamientos de su arquitectura y de sus obras de arte, por sus conocimientos de los métodos de aprovechar los bienes naturales, ya fueran los jugos nutritivos de la tierra o los minerales que utilizan las industrias; acentúa este origen la ideología que los llevó a constituir una teocracia apoyada en la constitución de la familia, al igual que en los pueblos más antiguos del Oriente cuya historia es conocida.

La explotación de la tierra vivificante era el gran programa del núcleo dominador cuyo jefe lleva un nombre que es la síntesis del gobierno que implantó: Manco Capac es como decir el Niño Todopoderoso. El llevó a los hombres al cultivo de la tierra que se conceptuaba dividida en tres porciones: la primera del Sol, la segunda del Inca y la última de las familias. Su orden para explotarlas no era indiferente: merecían la preferencia las que nutren al pueblo; luego las del Inca, y por último, las del Sol, que era para ellos una imagen de la divinidad que honraban con el nombre de Pachacamac, o sea el supremo espíritu que anima las cosas.

Los principios fundamentales del sistema incásico se acercan a los conceptos modernos de solidarismo y de asistencia mutua y, a este respecto, eran superiores a los que entonces profesaban los gobernantes del Viejo Mundo y parece lógico concluir que en cinco siglos debieron dar mayores resultados que los obtenidos allenden el Atlántico.

Así pudo ser y si tal no aconteció fué por la orientación de ese conjunto de reglas hacia la energía máxima del Estado con derivaciones en beneficio de las vitalidades dirigentes; la norma del otro lado de los mares fué inversa: fundó la mayor fuerza social en el estímulo del más pujante vigor individual. El organismo de regularización social absorbía en los Andes peruanos fuerzas muy superiores a las necesarias y la ascensión progresiva no podía realizarse en un núcleo complacido en el mantenimiento de los niveles de su clasificación artificial. El colectivismo de antaño, como el de ogaño, no puede dar sino esos resultados; la situación del Perú incásico es comparable con la de una nación que hoy pagara como tributo los dos tercios del valor de sus producciones extractivas, coeficiente muy digno de ser tomado en cuenta por los conductores de nuestras repúblicas en muchas de las cuales se nota una marcadísima tendencia al exceso de funciones públicas, matadoras del sano individualismo, hasta el punto de poder señalar algunas, en las que los gastos de la administración pública han solido llegar al 50 por ciento del valor de los productos extraídos de la tierra. Es la vuelta al colectivismo incásico en las naciones que han llegado a ese extremo, pudiendo preverse idénticas paralizaciones de progreso.

En cinco siglos de colectivismo, el imperio peruano creció en cantidad, no en calidad, y fué sometido por los 200 españoles que trajeron Pizarro y Almagro, representantes del individualismo europeo que acometía la gigantesca empresa económica de la conquista de las Américas.

El individualismo español triunfaba sobre el colectivismo indio y se manifestó tan pujante que los Reyes temieron que sus conquistadores trocaran sus espadas en cetros para el gobierno de sus nuevos súbditos y los incorporaron a su propia casa, haciendo miembros de su nobleza a sus capitanes y magistrados.

A la sociedad incásica se sobrepuso la conquistadora con sus reglas propias de aliento de empresas individuales, de señoríos de nuevas tierras, de explotación de minas y de destinos de los primitivos a estas faenas y labores. Poco había cambiado para los indios; en sus espíritus el Sol tenía otros nombres y el Inca era el Virrey. En cambio, la situación de los eu-

ropeos era la prodigiosa marcha a las cumbres no soñadas de la grandeza y de la fortuna y, reflejándose ella sobre todo el país, logróse la unión de tanto elemento heterogéneo por la continuación de las expansiones de otro tiempo, cuando el Virrey de Lima dominaba en nombre de su Monarca todo el Continente y, en los últimos años, cuando sojuzgaba a los rebeldes de Quito, de Buenos Aires y de Santiago, como antes lo hiciera el Señor del Cuzco con los pueblos que se sustraían a su sistema.

Por estos motivos decíamos que el nacionalismo peruano era bien definido durante la guerra de la independencia y que sus mantenedores eran todos los peruanos de la escala social que tomaba nuevas formas, gracias a los progresos relativos en la libertad de obrar de los nuevos señores. Este sistema tendría su propagación lejana hasta las masas indígenas que, sin desprenderse del colectivismo atávico, palpaban las ventajas de los principios nuevos; sus adhesiones serían vigorosas en los núcleos intermedios, desde el pie del trono del Virrey hasta los últimos peldaños del trabajo; esta clase social, con mayores conocimientos y mejor situación para apreciar su potencialidad, se daba cuenta cabal de las disminuciones impuestas por los privilegios y por la excesiva atención de un poder regulador excéntrico, en fuerza de su lejanía, y que empleaba los recursos derivados del esfuerzo nacional en empresas ajenas al interés directo de la colectividad. El individualismo de los descendientes de los conquistadores se preparaba para recuperar sus prerrogativas y rompería con el pasado para eliminar el elemento perturbador de la unidad nacional. Los propios éxitos obtenidos en el sojuzgamiento de los pueblos vecinos, eran manifestaciones de su potencia y la emplearían en eliminar del Perú los elementos absorbedores de su soberanía.

La obra realizada por los españoles fué de un progreso tanto más considerable, si se toma en cuenta que, a comienzos del siglo XIX, no eran 200 mil los pobladores de pura raza blanca en cuyas familias estaba toda la dirección de las actividades peruanas; esta cifra nos revela la escasa intensidad de la inmigración civilizadora. El número de mestizos era doble de este guarismo y en el fondo social estaban 900 mil indígenas y 40 mil esclavos africanos. En los dos primeros alvéolos so-

ciales está la propulsión del futuro y en ellos deben dominar las tendencias nacionalistas contra quienes consideraban simplemente al Perú como un campo de esfuerzo transitorio de cuyos resultados se disfrutaría en las tierras de los antepasados españoles, en el humilde cortijo del labrador viscaíno trocado en el señorío por el oro indiano. La inmensa mayoría, con mayor confianza en sus fuerzas, con más fe en el porvenir americano vinculará su bienestar a la permanencia en estos valles de sus afanes y el nacionalismo tomará la nueva forma de independencia, coincidiendo, a través de los años, los trabajadores del siglo XIX con los guerreros del XVI.

La entrada del Perú a la revolución americana se realiza en forma muy diversa a la de otras colonias a causa del mayor poderío del realismo en el dominio central y de la organización que le dieron los Virreyes Abascal y Pezuela para resistir a la rebelión fronteriza, apoyándose en el sentimiento nacional. Había en Lima patriotas ilustrados como en Caracas, Bogotá, Quito, Santiago y Buenos Aires y, si su obra de propaganda fué menos intensa, debióse ciertamente a que las mayores influencias del círculo más elevado hacían menos sensibles las quejas contra la autoridad. En sus Universidades y Colegios, en sus viajes a la Metrópoli habían alcanzado una buena preparación muchos patricios que pudieron ser los directores de la conciencia nacional, faltábales sólo la ocasión propicia para desplegar las iniciativas de los próceres de otras capitales menos vigiladas.

Suele argumentarse que la existencia de un crecido número de familias agraciadas con blasones de nobleza era un gran obstáculo para la propaganda de independencia; es indudable que tuvieron preferencias por el régimen español, que muchas de ellas fueron monarquistas y anti-demócratas; pero en realidad no obraban como un grupo unido en contra de la emancipación.

Es indudable que un movimiento de libertad habría dividido a la alta sociedad peruana, como separó en bandos a caraqueños, bogotanos, quiteños, santiaguinos y bonaerenses; pero también es cierto que habrían predominado los impulsos nacionalistas, quedando sólo en torno del Virrey los muy vinculados al Gobierno o con extendidas relaciones de familia en

la Metrópoli; la inmensa mayoría y con ella toda la población de origen mixto habría estado en los centros patrióticos, defensores del individualismo, o en los campos de batalla si fuese menester.

Las iniciativas no pudieron realizarse en forma ordenada por un movimiento interno y sólo se manifestaron cuando recibieron el estímulo de protección que les brindaba la organización de fuerzas amigas que vendrían en su amparo. Chile envió por dos veces su escuadra a recorrer las costas peruanas y su almirante encontró entusiastas adhesiones desde Arica a Paita; luego vino la expedición libertadora encargada al General San Martín y los patriotas de Lima se pusieron en comunicación con ella, los pueblos costaneros se pronunciaron por la libertad, en la Sierra eran acogidos con entusiasmo los soldados chilenos que llevaba el General Arenales y en todo el norte del Perú proclamaba la independencia el marqués de Torre Tagle que había sido compañero del Director de Chile, Bernardo O'Higgins, en los colegios de Lima.

La obra constitutiva del Perú era ciertamente más fácil que la de Venezuela y Nueva Granada, donde las diferencias regionales habían tomado marcadas acentuaciones, más rápida que en las Provincias del Plata cuyos centros coloniales estaban dispersos en un enorme territorio y con menos dificultades que en Chile por la caprichosa constitución de sus valles, cuya conquista aun no había terminado el español.

La nación estaba hecha y era una simple cuestión de acierto en los procedimientos para llevar el fuerte individualismo en sus miembros a operar la sustitución del gobierno extraño a ella por otro emanado de su seno. El Senado de Chile había tenido en vista estas circunstancias al recomendar al General San Martín que constituyera en el Perú un gobierno con la base popular que la época hacía posible y que de ningún modo formaran parte de él los militares de la expedición.

Era el proceso adecuado para conservar el nacionalismo y llevarlo a nuevos perfeccionamientos orgánicos. Este método era tanto más necesario cuanto que los peruanos no habían tenido aún ocasión de desarrollar las actividades populares que se verificaron en torno de los cabildos, verdaderos

tabernáculos de las libertades públicas durante la colonia y cuna de las nuevas naciones soberanas.

Puede ser que el General San Martín así lo hubiera deseado en obediencia a los principios chilenos que determinaron el envío de la expedición libertadora y a los propios programas que expresa su proclama a los pueblos del Perú. El Tratado chileno argentino de 5 de Febrero de 1819, ratificado el 15 de Marzo por el Gobierno de Santiago, sin que obtuviera igual sanción en Buenos Aires, dice en su artículo primero: "Conviniendo ambas Partes Contratantes en los deseos manifestados por los habitantes del Perú, y con especialidad por los de la capital de Lima, de que se les auxilie con fuerza armada para arrojar de allí al gobierno español, Y ESTABLECER EL QUE SEA MAS ANALOGO A SU CONSTITUCION FISICA Y MORAL, se obligan dichas dos Partes Contratantes a costear una expedición con este objeto".

No podía esperar el jefe de la expedición libertadora chilena que las poblaciones peruanas se levantaran en masa, dominadas como estaban por los 13 o 14 mil soldados del Virrey Pezuela; no era posible una manifestación aislada en la capital, donde se congregaban las más fuertes divisiones, y no bastaba que la Escuadra de Chile desfilara ante las fortalezas del Callao, exhibiendo las cohortes que irían a desembarcar en los puertos del Norte para que la población de Lima pidiera un cabildo abierto, proclamara la independencia y llamara en su auxilio a las fuerzas libertadoras. La función de éstas debió ser precisamente la de entrar triunfantes en la sede vice-real y de llamar al pueblo a elegir su propio gobierno, como lo preceptuaban las instrucciones del Senado de Chile.

En vez de este programa, San Martín realizó el que narra su propio ministro, Bernardo de Monteagudo, en el manifiesto que publicó en Quito el año de 1823. "Los jefes del Ejército, expresa este documento, "saben que cuando llegamos a Pisco todos exigimos del General San Martín el sacrificio de ponerse a la cabeza de la administración, si ocupábamos a Lima, porque creíamos que ésta era la manera de asegurar el éxito de las empresas militares; él se decidió a ello con repugnancia y por un tiempo limitado".

Este suceso marca una oscilación en el carácter de San Martín y una intervención de un grupo de sus capitanes que tendría fatales consecuencias. El Gobierno chileno no podía temer estos incidentes; en efecto, el General elegido se había demostrado respetuoso de los derechos nacionales, sustrayéndose a intervenir en el Gobierno de Chile, a pesar de que lo disponían las instrucciones de Buenos Aires, y, por otra parte, la rigidez de su temperamento disciplinario era una garantía de que la fuerza armada se dedicaría sólo al cumplimiento de sus tareas de sacrificio. En los días de las discordias civiles de su patria, el jefe argentino había evitado el regreso a Buenos Aires de los batallones que hicieron la campaña de Chacabuco, la oficialidad le juraba obediencia y prometía seguir con él al Perú, formando la brigada de los Andes cuyas diezmadas filas completaba Chile con sus propios soldados. Esta actitud era un acto de desobediencia al gobierno patrio y, por noble que fuera, importaba la existencia de un germen de posibles perturbaciones. Rebeldes contra su gobierno, los militares argentinos fueron acogidos por el de Chile, recibiendo nombramientos como miembros de su ejército, y quedando por ende sometidos a su ley.

El apartamiento del deber corre por una pendiente que lleva al abismo y aquel grupo de oficiales que había realizado el acto de darse un General, creyóse con dominio sobre él y José de San Martín, con toda su característica energía, no tuvo ante estos elementos la necesaria libertad de acción. Todos ellos eran sus amigos de predilección, individuos de su logia y ejercían sobre él predomios que no debieron tener. A esto eran extraños los miembros chilenos del ejército y aquellos que habían proclamado un comando militar en su vivac de Chile se creyeron también capaces de dar al Perú un gobernante.

Tal es el génesis del suceso relatado por el Ministro Montegudo; sus consecuencias eran contradictorias de las órdenes de armonía política y de respeto al nacionalismo peruano trazadas por el Senado de Chile y ellas llevaron al General San Martín a iniciar su obra con la prescindencia de las adhesiones recibidas en los pueblos del Norte, de la costa y de la Sierra del Perú. Sus armas ocupaban un país, y, en vez de llamar a sus hombres a componer un gobierno que los liberta-

dores ampararían y fortificarían, extendiendo su territorio, les declaró incapaces de gobernar, que no otra cosa significa su manifiesto dado en Lima el 3 de Agosto de 1821.

“Desde mi llegada a Pisco, dice, anuncié que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad y que era responsable a la patria del ejercicio de ella. No han variado aquellas circunstancias, puesto que aun hay en el Perú enemigos exteriores que combatir, y, por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y militar”.

No hay en estas expresiones razón alguna que justifique la autoproclamación de director supremo en lo político y militar: las circunstancias genéricamente invocadas sólo le daban una autoridad, la del capitán responsable de la victoria, pues era el delegado de una nación que ofrecía a otra el apoyo de su flota y de su ejército para que rindiera al enemigo y dictara ella misma las reglas de su propia soberanía.

Sintió el General la debilidad de este exordio y procuró inspirar confianza con la exhibición de sus rectas intenciones, exponiendo con toda sinceridad que el ejercicio del mando no era la satisfacción de un deseo sino el cumplimiento de un deber. “Espero, agrega, que al dar este paso se me hará la justicia de creer que no me conducen miras de ambición; si sólo la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida tan agitada; pero tengo sobre mí una responsabilidad moral, que exige el sacrificio de mis más ardientes votos”.

Esto no basta y busca otros justificativos por un camino desgraciado, pretendiendo apoyarse en los acontecimientos de otros países en lucha con España, lo que era una positiva propaganda anti-revolucionaria. “La experiencia, continúa, de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Plata, me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de Congresos, cuando aún subsistían enemigos en aquellos países; primero es asegurar la independencia, después se pensará en establecer la libertad sólidamente”.

La crítica carecía de exactitud, pues los Congresos habían sido elemento formidable de la Revolución; el de Venezuela

de 1811 que afirmó los principios republicanos de nuestra América, el de Chile de igual año que dictó acertadas medidas de progreso, el de Buenos Aires de 1813, para citar sólo estos tres de los primeros tiempos; y en los últimos años el de Guayana y el de Cúcuta que proclamó la Constitución colombiana. Hubo algunos que fueron fuentes de desacuerdo, como el argentino de 1816, que sembró la anarquía en el país que proclamaba independiente, cediendo a los ímpetus monarquistas de los dirigentes de Buenos Aires. En toda Nación, y con más fuertes motivos en las que se inician en la práctica de la soberanía, los colegios de representantes populares necesitan una buena dirección y los fracasos que consigna el General San Martín se debían a la carencia de una autoridad reguladora; condenar las asambleas de los delegados de la voluntad popular era un estigma para la revolución, inmerecida censura que no debió hacerse y que el General San Martín debió reemplazar por el anuncio del establecimiento de un poder ejecutivo fuerte en consorcio con un parlamento popular, como Bolívar lo había proclamado en Venezuela y como lo realizaba en Colombia.

El General San Martín se encontraba satisfecho con las manifestaciones de los pueblos en el desfilar de sus tropas y anunció a los peruanos que las tomaba como su consentimiento para ejercer el mando, sin que fuera necesario reunir el deseado Congreso. “Yo pudiera haber dispuesto, dicen los
“ preámbulos de su auto-nombramiento de Jefe Supremo, que
“ electores designados por los ciudadanos de los departamentos
“ libres, designasen la persona que había de gobernar, hasta
“ la reunión de los Representantes de la Nación peruana:
“ mas como por una parte la simultánea y repetida invitación
“ de gran número de personas de elevado carácter y decidido
“ influjo en esta Capital, para que presidiese a la Adminis-
“ tración del Estado, me aseguraban un nombramiento popu-
“ lar, y por otra había yo obtenido el asentimiento de los
“ pueblos que estaban bajo la protección del Ejército Liber-
“ tador, he juzgado más decoroso y conveniente el seguir esta
“ conducta franca y leal, que debe tranquilizar a los ciudada-
“ nos celosos de su libertad”,

Con el mérito de esta exposición, San Martín anunciaba en la Capital del país que se declaraba independiente: “Desde

“ hoy quedan unidos en mi persona el mando supremo político y militar de los departamentos libres del Perú bajo el título de Protector.”

El nacionalismo peruano recibía una herida profunda y sangrará aún por los golpes inferidos al legítimo orgullo patrio, viendo que se confiaban los grandes cargos de la dirección pública a los extranjeros con menosprecio de sus propias capacidades.

El Ministro Monteagudo se hace omnipotente y él mismo consigna sus principios de gobierno. En su manifiesto establece la existencia de un nacionalismo peruano, francamente pronunciado por la independencia. “ Los habitantes del Perú, escribe, estaban animados del sentimiento de libertad: sus opresores lo habían difundido, a fuerza de contrariarlo. Cada proclama en que proscribían los nuevos principios servía para hacerlos abrazar a los que no habían reflexionado sobre ellos. Todos querían la independencia y los que se creían llamados a dirigir esta obra, después de haber oído, por el espacio de diez años, defender con ardor e impugnar a sangre y fuego la libertad y la igualdad, esperaban con impaciencia el momento de poder rivalizar a los más acalorados defensores del contrato social”.

Deja trasparentar su propia alma este desventurado Ministro al atribuir la pasión positiva que es la conquista de un derecho, el esfuerzo ascendente de la evolución humana, a torpes inspiraciones de bajísimos sentimientos de rencores que sólo se sacian con la venganza. “ El odio a los desoladores del Nuevo Mundo había sido en los demás países el agente principal de la revolución; la fuerza de este resorte estaba conocida, digámoslo francamente: con la excepción de algunas docenas de hombres, el resto de los habitantes no tuvo más objeto al principio que arrancar a los españoles el poder de que abusaban y complacerse a la vista del contraste que debía formar su semblante despavorido y humillado con esa frente altanera donde los americanos leían desde la infancia el destino ignominioso de su vida”.

No vacilamos en decirlo, estas afirmaciones son un estigma para el propio Monteagudo a quien le viene el anatema del Evangelio: no peca el hombre por lo que en la boca entra sino por lo que de la boca sale. Estas sus expresiones podían

ser las del estado de su propio espíritu, pero no reflejaban el sentir de los patriotas que abrían con el filo de sus espadas el camino de triunfo del derecho controvertido. No iban por odios en pos de sus jefes los soldados de Bolívar, ni los llaneros de Páez, ni los cumaneses de Bermúdez, ni los chilenos de Carrera, ni los salteños de Güemes; los seguían por amor a sus jefes, por la confianza en los hombres pudientes, los de alma blanca que eran capaces de los mayores sacrificios, del abandono de sus bienes, del desprecio de sus vidas para servir a todos los que no podían como ellos inmolarse por el bien de los demás.

Con semejantes convicciones, creyó Monteagudo que la generalización del odio sería la fuerza del triunfo, según él mismo lo dice, sentando esta máxima como el primer principio de su conducta pública. “Era preciso generalizar este sentimiento en el Perú, convertirlo en una pasión popular, que haciendo tomar un fuerte interés por una causa de la independencia, borrarase hasta los vestigios de esa veneración habitual que los hombres tributan involuntariamente a los que por mucho tiempo han estado en posición de hacerlo “desgraciados”.

Las derivaciones de semejante precepto iban a desfigurar aun más la empresa libertadora que conducía el General San Martín. Su declaración de protectorado, sin la solemne investidura de los pueblos reunidos, como aconteció en las demás colonias, daba fundamento a las censuras de los desafectados que sólo veían un cambio de conquistador. La norma política de Monteagudo llevaba la conquista hasta la persecución.

Esto bastaba para destruir la cohesión nacional preexistente y para incrementar el número de adversarios de la revolución. La obra constructiva que realizaba Simón Bolívar, era en el Perú una de aniquilamiento, de verdadera extirpación del individualismo fuerte que había formado una Nación que llegaba a la época crítica de sus transformaciones.

Las iniciativas personales se reducían a la nada, o poco más, y algunos, que podían desarrollarlas en un sector restringido, eran elegidos por el gobierno protectoral como instrumento para determinadas finalidades y no como emisarios de los anhelos del pueblo que se libertaba. Verdaderamente dócil, en manos de un ministro que se dejaba dominar por odios atá-

vicos tan fuertes que oscurecían una mentalidad superior como fué la de Monteagudo, el General San Martín se prestaría al desarrollo del plan político que perfila el manifiesto que recordamos. "El segundo principio que seguí, escribe Monteagudo, en mi administración fué restringir las ideas democráticas: bien sabía que para atraerme el aura popular no necesitaba más que fomentarlas; pero quise hacer el peligroso experimento de sofocar en su origen la causa que en otras partes nos había producido tantos males. El ejemplo empezaba a formar un torrente, conocía que no era fácil detenerlo y que después sería más difícil hacerlo retrogradar; me decidí por el primer partido, porque a más de estar convencido de su justicia, no me era indiferente la gloria de dar a la opinión un impulso, que aunque se interrumpa, la experiencia lo renovará con mejor éxito".

El torrente democrático no debió ser contemplado por el sociólogo que pretendía ser Monteagudo como un peligro que deba desviarse o contenerse; es una marea viva que debe dirigirse y, como en ella vibran todas las variadas potencialidades del progreso, el arte del hombre de Estado es precisamente la ordenación de ese conjunto, sin más limitaciones que las indispensables para darle el reposo que permita el aprovechamiento metódico de sus variadas energías. No se construye un dique para aprisionar todas las aguas de una cascada sino para quitarles el ímpetu destructor de sus turbulencias, apaciguarlas en las placideces de un remanso y de allí derivar las que vayan por canales a vivificar las tierras o a generar fuerzas en las aspas de una turbina; esa es la función de los directores de pueblos, diques contra el desorden y reguladores de la potencia, pues el verdadero progreso viene precisamente de esa fuerza de la cascada que es la democracia. Aniquilarla, como el Ministro del Protectorado lo deseaba, era hacer obra regresiva; lo que correspondía era su organización en sus múltiples manifestaciones como Bolívar lo practicaba en Colombia.

Las independencias de Santiago Mariño y de los caudillos del Oriente venezolano fueron una manifestación democrática cuyo desborde pudo destruir la patria venezolana; Bolívar no la destruyó, captóla en los cauces de su orga-

nización. Los grupos de hombres que se reunían en torno de Monagas, de Zaraza y de Páez, constituyeron también un libre correr de energías y el Libertador pudo hacer de todos ellos miembros eficaces de una colectividad que esas vitalidades metódizadas harían prosperar; los próceres granadinos eran los grandes señores de sus comarcas y sus idealismos los llevaron a constituir una democracia federalista en cuyo mecanismo los desgastes superaron a los rendimientos, Bolívar los unió en torno de un ideal común. Con todos ellos, con los doctores de Bogotá, los opulentos patricios del Oriente venezolano, los llaneros libres como el viento de las praderas, los serranos apacibles como las brisas de sus abrigados valles, con toda esa heterogeneidad rayana en la confusión, hizo el insigne caraqueño la nación que triunfaba del enemigo externo y pudo realizar su obra porque a todos los llamó a cooperar, a Mariño, a Páez y a Santander, para no citar sino a los que son representativos de las tres grandes diferenciaciones que señalamos. Todas las fuerzas sociales de la nueva democracia estaban unidas por la común victoria y sus naturales efervescencias se corregían por su metódica distribución en las musculaturas del organismo que formaban los legisladores.

Igual procedimiento debió implantarse en el Perú, en vez de la restricción democrática pregonada por Monteagudo. En todas las capas sociales había hombres eficaces y pudo el General San Martín atraerlos a todos, como lo hiciera el Libertador, prescindiendo de faltas de preparación relativas, de impetuosidades de carácter, pues su función de hombre superior lo obligaba a reparar deficiencias y a perdonar antagonismos. El grande hombre sólo así puede serlo, pues de otro modo se mantiene en el nivel más bajo de las mentalidades sobre las cuales no irradia su inteligencia y de los apasionamientos en cuyos miasmas se abaten las alas del espíritu si no se levanta sobre ellos.

El General San Martín sentíase angustiado por las turbulencias de la revolución en las provincias del Plata y, en la contemplación de los efectos, olvidóse de investigar las causas. Allí como en Colombia, palpitaba una democracia con fuerzas de todas las capas sociales y de todo el territorio del

antiguo virreinato y su organización no podía hacerse sino con el concurso activo de todas ellas; ningún grupo, comarca alguna, podía tener predominio y, como quiera que el gobierno se concentraba en un círculo misterioso de amigos, que la Capital imponía sus hombres y que aun se buscaba un Rey extranjero, la dislocación social se produjo por esta serie de influencias excéntricas y el equilibrio sólo se restablecería en el libre juego de la energética social para derivar de ella misma su núcleo directivo. Eran estos errores los que importaba corregir, ellos eran las causas de los contrastes que amargaban el alma del Protector San Martín y sus penas no tenían otro remedio que la eliminación de esos factores de perturbación.

El gobierno no puede ser privilegio de nadie, cada sección territorial es una parte con igualdad de derechos y la Nación debe elegir sus gobernantes dentro de la selección de sus hijos; tales eran las muestras de confianza en el Perú que debió ofrecer el General San Martín, llamando a todos sus hombres de ciencia y de acción a constituir un gobierno nacional, un ejército nacional, una armada nacional de amparo de los batallones libertadores que cuidarían las fronteras de la región interna donde se refugiaban los jefes españoles.

En vez de ésto, los actos del gobierno Protectoral que dejamos señalados quebrantaban la anterior unidad peruana e iban a dar mayores profundidades al agrietamiento con el proyecto de constituir una monarquía. Tal era el remedio que San Martín y los hombres de su gobierno creyeron adecuado para contener los desbordes democráticos; no comprendieron que sólo lograrían intensificar las causas del desequilibrio y que estaban trazando en el Perú un cuadro de discordias análogo al de las Provincias del Plata. La pulverización territorial no se haría, tan fuerte era la unidad preexistente; mas, se produciría una serie de debilitamientos en un organismo que, mejor dirigido, pudo entrar a la nueva etapa de su vida autónoma sin desgarrarse dolorosamente como otros pueblos que hacían la doble etapa de su formación y de su independencia.

La revolución separaba al Perú en dos partidos, lo que era irremediable, y el arte político debió empeñarse en debi-

litar las adhesiones al campo realista, manifestando a todos las mayores ventajas de su cooperación, a un gobierno propio regido por los principios de eliminación de privilegios, abriendo a todos los ciudadanos idénticos horizontes para sus expectativas. Necesitábase para ésto la propaganda activa de la doctrina americana, la exhibición de los resultados adquiridos y un franco llamado a la concordia; en vez de ésto, criticóse la reunión de Congresos, díjose que de ellos derivaba la anarquía, en documentos tan solemnes como la proclamación del Protectorado y se buscaban adhesiones por la violencia de la persecución de que se jacta Monteagudo.

Las debilidades relativas de la campaña militar de San Martín, que tantos éxitos debía a las adhesiones populares de Trujillo a Jauja, se traducían en la política de rigores que recordamos y la causa emancipadora sentía amenguarse las afecciones que debió recibir de quienes campeaban inquietos con el adversario, porque no pudieron obrar de otro modo; y lo que era más grave aún, en las propias filas patriotas se producían descontentos que tendían a ralearlas y divergencias de criterio que destruían la disciplina.

En el primer año de maniobras, la expedición libertadora del Perú logró la independencia de toda la región costanera desde los valles meridionales de Lima hasta los límites con Guayaquil, prolongándose por el interior hasta los linderos armados que los jefes realistas mantenían en la Sierra, dominando todo el país hasta las Provincias del Plata: tenía San Martín un territorio, una capital y una gran fortaleza y, desde que el Callao cayó en sus manos por la adhesión de jefes americanos como el General La Mar, se halló en situación de organizar una ofensiva metódica para obligar a los españoles a plegar sus banderas de combate.

Los patriotas dominaban en el Perú provincias ricas en recursos de toda especie y la norma del Protector debió ser el avance por el prestigio de sus armas, mientras los elementos nacionales organizaban el gobierno en Lima. Así fué el proceder de Bolívar que iba con sus batallones a las campañas de Caracas y de Apure, mientras funcionaba el Congreso de Angostura, que emprendía la marcha de Carabobo, cuando sesionaba el de Cúcuta, vigorizando así el civismo del pueblo libertado.

Relativamente fuerte contra el enemigo, el General San Martín no lo era tanto en el terreno político y se decidió a buscar un contacto con la opinión, dictando el 27 de Diciembre de 1821 un decreto de convocatoria de un Congreso para el 1.º de Mayo de 1822. Decía en él que “la opinión pública había progresado rápidamente y que ya era tiempo que se hiciera un primer ensayo de la sobriedad y madurez de los principios en que se funda.”

Es de una sorprendente anemia esta convocatoria de un parlamento nacional a cuyos miembros no se traza directiva alguna de principios, ni de medios de aplicación. Ante esta vaga postura del jefe que se intitulaba Protector, surge este dilema: o tiene plena confianza en los directores nacionales de esa opinión pública sobria y madura o espera una manifestación que fije rumbos a su acción posterior. En el primer caso, no se comprende que no fueran esos organizadores los compañeros más activos de sus tareas y, en el segundo, es de extrañar que no fijara orientaciones que, a juicio de su mayor experiencia o de sus afecciones doctrinarias, llevaran a la dictación de las leyes más adecuadas para la ordenación peruana.

La invitación era sólo para “establecer la forma definitiva de gobierno y dar la Constitución que mejor convenga al Perú, según las circunstancias en que se hallan su territorio y población. Los poderes que den los pueblos a sus diputados se contraerán exclusivamente a estos objetos y serán nulos los que excedan de ellos.”

Algo se marca con precisión: el Congreso sería sólo constituyente y todo lo demás se pierde en la búsqueda difusa de un objetivo que no alumbraban ni los principios revolucionarios, ni los anhelos populares, sino las circunstancias porque atravesaban los pueblos. El propagandista de la democracia americana se mostraba tan débil en sus avances como tímido era el militar adorador de la defensiva; su táctica era la misma en la guerra y en la política y en ambas dará malos resultados.

La igualdad de principio táctico traía la similitud de acciones. Un general puede reservar el secreto de sus planes, cuando el suceso depende de la ignorancia enemiga; el conductor de la opinión de un pueblo no puede hacer lo mismo,

porque su éxito deriva precisamente de la concordancia entre ella y sus propias ideas, lo que sólo se alcanza por la comunicación intensa.

San Martín ha fundado la disciplina de sus oficiales en la incorporación a una sociedad secreta y aplica igual procedimiento a su política, creyendo así lograr dóciles instrumentos para los planes reservados que él y sus amigos creían los más eficaces para la felicidad de estos pueblos. Los resultados no eran tan manifiestos, como lo comprueban las discordias de sus oficiales, y en el teatro político serían menos venturosos aún, pues era imprescindible la fuerza del convencimiento que se revelaba en las reuniones públicas.

De aquí las vaguedades de esa convocatoria que encubrían el plan de monarquía pacientemente perseguido desde las conferencias de Miraflores y Punchauca. Los programas entonces exhibidos fortalecieron al realismo y relajaron el nervio de la acción patriota que se mostró vigorosa y que se sentía desalentada, pues se la llamaba a construir lo mismo que estaba demoliendo.

En el secreto de las deliberaciones de su Consejo de Estado obtuvo San Martín autorizaciones para enviar agentes a Europa en busca de un Rey para Chile y el Perú; ahora se pasaba a preparar la opinión para recibir esas revelaciones en el momento oportuno y con este objeto el Protector creó, en Enero de 1822, la Sociedad Patriótica, cuyo Presidente fué el Ministro Monteagudo, a fin de que en su seno avanzaran los proyectos monárquicos.

Era la antítesis de aquella Sociedad Patriótica de Caracas en que Bolívar daba a los 28 años, el lema de los estandartes americanos: **Independencia y República.**

La propaganda monarquista se hacía en esa academia de intereses públicos con variadísimos argumentos filosóficos, históricos y circunstanciales; los discursos eran dados a la prensa y formaban el tema de las charlas sociales. Sin embargo, espíritus independientes contradecían estas opiniones, defendían las instituciones republicanas, mas no avanzaban soluciones precisas. Un patriota práctico deslindó el problema, preguntando quién sería el Rey. Sólo había tres soluciones: el Protector cuya negativa era conocida, el descendiente del Inca lo que era una necesidad, o un príncipe europeo, en cuyo

caso no valía la pena haber desconocido el vasallaje de Fernando VII. Largos meses pasaron antes que alguien se atreviera a estas críticas y, durante ellos, la divulgación de estos fantásticos proyectos contribuía a dividir la familia peruana ya descontenta de que se viera en ella sólo una arcilla plástica para modelar, siendo que contaba con modeladores competentes.

El Gobierno protectoral, en medio de estos programas políticos, descuidaba el avance sobre el territorio enemigo y la patria peruana no tenía más estímulos que la formación de batallones que se disciplinaban en las cercanías de Lima o en la provincia septentrional de Trujillo. Pensábase, tal vez, uniformar las opiniones por esos procedimientos políticos y llegar al desarme del español por la proclamación de un monarca que lo privara de las adhesiones del interior.

Sin libertades políticas, que fueron el nuncio de la expedición libertadora; adormecidas las actividades militares, como si la guerra hubiera terminado con la caída del Callao, la dirección protectoral busca soluciones, o mejor diremos, espera soluciones, que no se acordaban con el sentimiento nacional. La consecuencia inmediata de la inacción es la mollicie y, cuando ésta se apodera de seres acostumbrados al movimiento, su despertar es para la enérgica satisfacción de sus caprichos.

No es extraño que en este ambiente los jefes del Ejército de los Andes se dispusieran a la rebelión; tenían ejemplos cercanos. Los militares españoles, descontentos de la inactividad del Virrey Pezuela, se sublevaron en Aznapuquio y eligieron al General La Serna; podían ellos hacer lo mismo y deponer al Protector. El conflicto se produjo y la solución que le dió el General San Martín demuestra que no tenía el dominio de sus tropas.

Entre éstas se mantenía tranquila la sección venezolana del batallón Numancia cuyo jefe había comunicado a Bolívar las causas del descontento del Ejército, en que no existía la unidad de comando, pues éste derivaba del grupo de oficiales reunidos en la asociación fundada por San Martín. “Después de la entrada en la capital del Perú, dice el Coronel Tomás de Heres, cuando el General San Martín, por motivos que no es del caso referir, perdía mucho del aura

popular que había gozado, cuando los cuerpos de Chile que formaban el partido de oposición habían quedado en cuadro por fuerza del temperamento, y cuando en fin, los innovadores no se consideraban en la precisión de guardar los respetos que antes los habían contenido, formaron un plan combinado para la deposición del señor Protector. El Señor General en Jefe, a pesar de que estaba bien comprendido en la revolución que debía trastornar el Protectorado, conociendo que todo se había hecho público, dió parte a S. E. antes que nosotros y S. E. en la Junta nada dijo de esto. S. E. se reunió con los jefes a quienes yo estaba unido y les dió órdenes para que no obedeciesen al General en Jefe, ni a ningún otro del Ejército, sin una contraseña suya. En esta reunión, un comandante que antes estaba en el partido de los Andes, y que después se unió al del orden, recibió fuertes y reiteradas invitaciones para que descubriese el pormenor de la revolución; este jefe, conociendo la política de S. E., lo negó todo. Hubo mucho acaloramiento en esta junta y concluida ella S. E. me hizo nuevas protestas de amistad, pero me añadió que le parecía conveniente que, so pretexto de enfermedad, pidiese licencia para irme al campo. Ocho días permanecí en el campo y S. E. me dió orden para que me presentase en esta ciudad de Guayaquil a las órdenes del General Sucre."

"Se me ha sacrificado a miras puramente políticas por- que no se consideraba S. E. en aptitud de tomar medidas fuertes."

Era el Numancia un batallón disciplinado y sus venezolanos debían merecer toda la confianza del Protector; así lo estimaba Heres y así lo creía el Jefe de la División chilena, Francisco Antonio Pinto, quien refiere aquellos conatos de revuelta de los jefes de la brigada de los Andes en forma confirmatoria de los recuerdos de Heres.

"Por orden del General San Martín, dice, se reunieron todos los jefes de las Divisiones del Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia y expuso ante aquella junta que el Coronel Heres le había dado parte que se le había invitado para apoyar con el Numancia una revolución encabezada por los jefes del ejército de los Andes con el fin de des-

“ tituirlo del Gobierno de la República y expulsarlo del Pe-
“ rú. En el mismo día se mandó salir a Heres de Lima y del
“ Perú con demasiada premura; se confió el mando de su
“ batallón, el más fuerte y aguerrido, al jefe inmediato y
“ todo quedó como estaba, sirviendo la expulsión de He-
“ res de una satisfacción premeditada al Jefe de los Andes,
“ General Alvarado. Nadie estaba más al corriente de las
“ interioridades del Ejército que el Protector, pues sabía
“ cuánto se hablaba o trataba en él, el grado de verdad o fal-
“ sedad de lo que había indicado Heres.

“ En cualquiera de estos dos casos su conducta fué in-
“ noble, porque, si suponía a Heres calumniador, debió, o
“ separarlo del Ejército, sin aquel aparato teatral, o haberle
“ expresado su confianza en la lealtad de aquellos jefes y
“ tratar de disuadirlo de un error. Si no lo creía calumniante,
“ ¿por qué desterrar vergonzosamente a un hombre que ha-
“ bía puesto en sus manos el mejor batallón del Ejército Es-
“ pañol?”

En cuanto a los chilenos, que eran la inmensa mayo-
ría en los batallones libertadores, con jefes superiores como
Francisco Antonio Pinto y Luis de la Cruz, se mantenían en
la disciplina y aun proporcionaban sus mejores elementos pa-
ra servir de base a los cuerpos que se llevaban contra el ene-
migo. Los chilenos habían peleado todos los combates de la
libertad de su patria y la conducta observada con ellos fué
la que refiere quien fué su jefe. “Desde que el Ejército, dice
“ el General Pinto, zarpó de las playas de Valparaíso, se
“ ha mantenido constantemente a discreción del General San
“ Martín y de los otros jefes, cuyo interés ha sido presen-
“ tarlo al Perú en un pie tan insignificante y subalterno que
“ siempre todo el mundo por la nulidad de sus fuerzas le
“ ha considerado como una parte accesoria al Ejército de los
“ Andes y destinado a llenar con sus soldados los vacíos de
“ las filas de otros ejércitos. Jamás se ha dado reclutas su-
“ ficientes a los cuerpos de Chile, ni aún para mantener los
“ batallones completos, mientras que sus vacantes resulta-
“ ban de los soldados que se extraían para el ejército de los
“ Andes y el del Perú.”

Negro era el cuadro de guerra que dibujaba San Mar-
tín, sus compatriotas se amotinaban en sus cuarteles, no sa-

tisfacía a los venezolanos que tan precioso contingente trajeron a su ejército y sometía a los chilenos a los duros sacrificios de sus marinos y a la difusión de los soldados que habían sido el núcleo triunfador de la expedición libertadora.

Cerca de 4,000 combatientes llevó San Martín de Chile, 996 plazas de venezolanos tenía el Numancia, numerosos patriotas se habían incorporado a las filas después de la ocupación de las provincias del Norte, de modo que, por mucha que hubiera sido la pérdida causada por el paludismo de los valles costaneros en que se detuvo, tenía una espléndida base para mover una empresa de ataque. Eran cuatro pueblos los que se congregaban en el primer año de la campaña bajo la bandera de Chile, los argentinos de la brigada de los Andes, los venezolanos del Numancia, los peruanos que iniciaban el ejército nacional y los chilenos que combatían en sus propios batallones y en todos los demás, dando su nervio doquiera eran solicitados.

Ocupada la capital, el problema de nacionalidad se presentaba en la forma viva del amor a la bandera, como lo describe el Coronel Heres. "El cuerpo de San Martín, dice, " no tenía más que una bandera, la de Chile, que fué la " que se entregó al Numancia. Cuando el cuerpo entró a Lima, se cambió la bandera por la del Perú. Esto disgustó " a todos, como antes se había resentido el Ejército de los " Andes cuando cambiaron la bandera argentina por la chilena. San Martín quiso que el Numancia tomara la escarapela del Perú que llevamos durante la campaña. Un " fuerte disgusto me costó y hasta una amenaza, que nos permitiera usar la de Colombia."

Fácil hubiera sido agrupar los efectivos por nacionalidades y crear un cuerpo de oficiales instructores de todos los países para los nuevos batallones, procedimiento que no habría herido las susceptibilidades del patriotismo, tal como aconteció entre granadinos y venezolanos, mandados por jefes de una y otra patria y por oficiales extranjeros.

Semejante plan no se ejecutó y creóse una atmósfera de apatía en la conducción de la guerra peruana, en los propios momentos en que Bolívar, después de su campaña de Carabobo, movilizaba todas sus fuerzas disponibles hacia la

guerra del sur colombiano y pedía al Director de Chile, a su Almirante y al propio General San Martín, la reunión de sus ejércitos con el auxilio de la flota de Cochrane. La inercia del Protector no era para inspirar tranquilidades a los patriotas peruanos y aun influiría para hacer impopulares a los libertadores que se manifestaban ineficaces.

El enemigo, entretanto, no estaba inactivo; el Coronel Loriga había avanzado hasta Pasco en Diciembre de 1821. Carratalá dominaba a los patriotas que se agitaban en Cangallo y en el lejano Alto-Perú el guerrillero José Miguelanza era combatido victoriosamente entre La Paz y Cochabamba y Maroto comprimía a los independientes en Potosí. Era el momento de una campaña general para dar la solidez a la conquista, por medio del llamado a los pueblos para constituir su gobierno.

El Protector sólo cuidó con algún esmero la región septentrional, donde disciplinaba fuerzas el General Arenales, siéndole posible enviar en apoyo del General Sucre la división de Santa Cruz, en reemplazo del Numancia. No olvidaba, sin embargo, el avance de la frontera Sur y preparaba una expedición a las órdenes del General Domingo Tristán, empresa cuyas influencias anotaremos en breve.

Emitir un juicio sobre la alta personalidad americana de San Martín en este período crítico en que compromete la unión y disciplina de sus tropas, y triza las de un pueblo que debió unir en torno suyo, es tan grave materia que nos será forzoso referirnos a la propia opinión de su ilustre compatriota, el General Mitre, que tan benévolo es con él en las páginas de su historia.

Dice el señor Mitre que “el problema de la guerra del Perú estaba en la Sierra; pero su solución dependía del acuerdo militar de la América insurreccionada y, sobre todo, del de sus libertadores del Norte y del Sur, que tenían en sus manos su espada y sus destinos y se acercaban el uno al otro con sus masas compactas para operar su conjunción.”

La marcha estratégica sobre la Sierra ya había sido señalada por el General Arenales desde los días de la conferencia de Punchauca y, si esta operación se hubiera verificado.

la segunda parte de las observaciones de Mitre que dejamos trascrita no habría sido necesaria, pues el Ejército de San Martín, engrosado con los elementos ya unidos a Arenales, pudo emprender una penetración triunfal en pos del español, al que no habría dejado tiempo para reorganizarse desde Jauja al Cuzco.

Las preponderancias de la política sobre la guerra hicieron imposible este resultado y ante la satisfacción de poseer un territorio próspero, fortalezas bien dotadas y una opulenta capital, la acción se retardó y el generalísimo se entregaría “a cuatro grandes cuestiones que lo dominaban: la “ de Guayaquil que estaba en suspenso, escribe Mitre, la de “ lucha continental por la emancipación que tocaba a su término, la guerra en el Perú que se mantenía en estado crónico y el sistema político por adoptarse, respecto del cual “ se había comprometido en vías extraviadas.”

La preocupación primordial debió ser la guerra peruana, sin cuyo avance era secundaria la alta cuestión política, ni podía pronosticarse el término de la lucha continental; en cuanto al Guayas era una cuestión transitoria, sin base en el derecho y perturbadora de la unión entre el Norte y el Sur.

“La guerra americana, prosigue Mitre, tenía que terminarse en el Perú y era necesario allegar todos los elementos activos de la América. Para lo uno y para lo otro, era “ indispensable unificar el sistema político de todo el Continente.”

El desarrollo de las operaciones bélicas en el Perú y la extraña diplomacia de San Martín daban mayor importancia a esa unión y Bolívar, impuesto de sus movimientos generales y de muchos pormenores de gran influencia, tanto en lo militar como en lo político, daba a su marcha al sur un máximo de actividad, a fin de que no comprometieran el éxito definitivo las heterogeneidades de sistema ni el suscitarse de rivalidades interamericanas. El gobierno de San Martín, desgraciadamente, suscitaba estos dos órdenes de tropiezos: el primero con los proyectos monárquicos que el Presidente de Colombia combatía enérgicamente, y el segundo con el empeño de anexión de Guayaquil, al que también se oponía el Libertador con todo el ímpetu del derecho aceptado y con

todo el peso de su fuerza, porque así era necesario para la solución de la guerra continental.

A fines de 1821, cuando la situación del Protector era la que hemos procurado bosquejar, recibió las comunicaciones de Bolívar sobre su campaña del Sur y sobre la necesidad de apresurar la conexión de los ejércitos con el concurso de la escuadra chilena. Esto no pudo realizarse y San Martín se dispuso a visitar a Bolívar para rectificar los planes guerreros y delegó sus facultades en el Marqués de Torre Tagle, que había cambiado su título por el más peruano de Marqués de Trujillo. Investido Torre Tagle de toda autoridad con el título de Supremo Delegado, conservó todo el personal administrativo de San Martín y éste se despidió de los pueblos del Perú con la siguiente proclama:

“Tiempo ha que no me pertenezco a mí mismo sino a la
“ causa del Continente americano. Ella exigió que me encar-
“ gase del ejercicio de la autoridad suprema y me sometí con
“ celo a este convencimiento; hoy me llama a realizar mi
“ designio, cuya contemplación halaga mis más caras espe-
“ ranzas: voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de
“ Colombia. Los intereses generales de ambos Estados, la
“ enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la es-
“ tabilidad del destino a que con rapidez se acerca la Amé-
“ rica hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de
“ los acontecimientos nos ha constituido en alto grado res-
“ ponsables del éxito de esta sublime empresa.”

Los objetivos de la entrevista están claramente expresados: serían la cuestión de Guayaquil (intereses generales de ambos Estados), la alianza de Colombia para decidir la guerra y la uniformidad de sistemas de gobierno o sea la controversia de la República del Libertador con el monarquismo del Protector que éste creía base de las estabilidades de las nuevas naciones.

San Martín partió del Callao el 8 de Febrero de 1822 y debió regresar al saber en los puertos del Norte del Perú que Bolívar aun estaba empeñado en la campaña de conexiones con el Ejército de Sucre. El 3 de Marzo regresó a Lima y no reasumió el mando, a fin, según decía, de observar el desenvolvimiento de las capacidades de Torre Tagle, lo que

era innecesario, pues los Ministros argentinos Monteagudo y Guido eran omnipotentes.

Entre tanto, la guerra americana progresaba en los avances de Bolívar y de Sucre hacia un punto de contacto, Quito, y en las comarcas del Perú se atardaba con las maniobras que debemos recordar. De nuevo debemos observar al Director de la guerra, y, siéndole adverso nuestro juicio, nos referimos aún a la opinión de su panegirista.

La contienda se americanizaba, y mientras Bolívar preparaba el formidable empuje contra el núcleo enemigo de Pasto a Cuenca, en lo que es hoy República del Ecuador, lo que era perfectamente conocido por San Martín, es lógico suponer que éste hubiera dispuesto igualmente una ofensiva seria sobre el sector Pasco-Cuzco, en la sierra del Perú, confiándola a sus mejores generales, con sus soldados más veteranos.

El historiador Mitre traza el cuadro de la guerra en el Perú y dice: "Era un deber y una necesidad que se impo-
" nían desenvolver su acción con las fuerzas con que con-
" taba y se resolvió a adoptar un sistema de guerra ofensivo-
" defensivo, iniciando a medias el plan general de campaña
" que tenía meditado y que más adelante se le verá trazar
" con todas sus líneas. De este modo, al consolidar su base
" de operaciones, se preparaba mejor para atraerse el con-
" curso de los aliados bajo cuyas banderas había realizado
" la expedición y propiciarse otros nuevos en el norte del
" Continente, prestando el concurso de sus armas a Bolí-
" var, a condición de verse auxiliado en el Perú, para ter-
" minar de un golpe la guerra continental."

Esta es una artística agrupación de concepto que hace el ilustre argentino cada vez que aborda el tema, duro para él, de las críticas de San Martín. Desde luego, un guerrero no debe hacer nunca nada a medias, porque es marchar al fracaso, al inútil sacrificio de fuerzas. Una ofensiva-defensiva, que es una empresa a medias, como su nombre lo indica, puede sin embargo aceptarse militarmente cuando ella es una parcialidad de una marcha metódica a un objetivo determinado, para expulsar al enemigo de su territorio, sin que la fuerza impelente pierda su contacto con el centro de operaciones.

De esta naturaleza fué la marcha de Bolívar sobre Achaguas en 1819, con ella contuvo al Ejército de Morillo, dilató su territorio, conservó los contactos de toda su línea y preparó el magistral flanqueo de la formación española con su triunfo de Boyacá. Una operación semejante confiada a un cuerpo aislado, sin reservas cercanas para reparar un revés, es una simple aventura, que no consolida base de operaciones, como sostiene Mitre, sino que expone a un debilitamiento cuyo peligro sólo puede encararse en el caso extremo de un acto heroico de salvación o con las posibilidades de alcanzar un éxito extraordinario, en vista de circunstancias muy favorables y de las capacidades extraordinarias de los jefes encargados de una operación temeraria.

Una empresa sin estos requisitos no podía ampliar el territorio con seguridades, ni mucho menos ser génesis de prestigios para intensificar alianzas existentes o apresurar la realización de otras; por lo demás, esto era innecesario ya que el auxilio de las fuerzas colombianas estaba ofrecido, hacía ya largos meses. En verdad se había prestado a Bolívar el auxilio de la División Santa Cruz, en compensación del Numancia que servía en el Perú, y no es exacto que este auxilio fuera a condición de recibir refuerzos colombianos, ya que éstos estaban disponibles y el Protector pudo recibirlos si hubiera querido enviar a Panamá o Buenaventura los transportes pedidos por el Libertador.

La verdad es que la malhadada cuestión de Guayaquil, conquista con que San Martín halagaba el amor propio peruano, era un obstáculo para realizar la conexión de fuerzas que pudo robustecer la acción del Protector y llevarlo a una ofensiva franca, en vez de la maniobra imperfecta a que se confiaba la tranquilidad del Perú.

Poco más de un mes después de posesionado San Martín de los castillos del Callao, Octubre de 1821, estaba en Guayaquil el enviado de Bolívar, Diego Ibarra, con órdenes para tratar del envío de transportes que llevaron a Guayaquil el Ejército colombiano que mandaba en Popayán el General Pedro León Torres y las brigadas de La Guardia que marchaban con el Libertador. Es evidente que si ésto se hubiera realizado, las tropas colombianas habrían podido

terminar en Enero de 1822 la campaña del Ecuador y seguir sin tardanza a tonificar la acción de San Martín contra la Sierra peruana. El programa del Protector, con arreglo a su temperamento de indiscutibles seguridades y de extrema economía de fuerzas, estaba indicado: no podía ser otro que una vigorosa defensiva y el inmediato envío de naves para los veteranos de Colombia. Si así hubiera procedido, Bolívar y San Martín habrían mandado al frente de los batallones organizados de Chile, de Colombia, del Perú y de Argentina, la postrera acción contra las huestes de España.

No se hizo la gran expedición americana y el Protector marcó líneas militares cuyas directivas aparecen más inspiradas en el problema local que su política suscitaba, que en lo aconsejado por la guerra continental. Sus ecuaciones estratégicas eran bien determinadas, no las afectaba el factor de lo desconocido como en el cuadro vastísimo en que Bolívar desenvolvió su red de aprisionamiento del adversario. Los enemigos se fortificaban en las verdaderas almenas que forman los Andes occidentales y el plan de San Martín no podía ser otro que el de obstruir las bajadas a la costa, en busca del único objetivo que era la capital, y acometerlo por su eje longitudinal con el grueso de sus fuerzas, maniobra que aun en el caso venturoso para el español de dominar el obstáculo en sus flancos, colocaba al patriota sobre su retaguardia, brindándole la ocasión de destruirlo en Lima. La acción sobre las entradas a la Sierra no podía ser sino una aspiración de fuerzas, análoga a la que Bolívar organizó con el ejército venezolano de Oriente para equilibrar su choque de Carabobo por la línea central del enemigo. Este delineamiento importaba establecer una proporcionalidad que, en el caso de la máxima complicación, debía ser la necesaria para batir todo el grueso enemigo que se desprendiera contra la brigada aspirante. El problema de seguridad se definía con precisión y obligaba al Protector a penetrar en los Andes peruanos con su mejor ejército, confiando las maniobras de dislocamiento a los más hábiles de sus lugar-tenientes. Tanto mayores eran sus seguridades cuanto que de sus propias iniciativas dependía la vigorización de sus divisiones con los batallones de Colombia.

En vez de estas orientaciones hacia el centro y de este tiempo de espera de sus refuerzos, San Martín operó una maniobra divergente: las tropas de Santa Cruz fueron a la campaña de Quito y se dispuso una penetración por el sur peruano, sin ningún lazo intermedio, que no era posible establecer, y sin conexiones de la agresión con los elementos de la capital. Estas operaciones no importaban la resolución de la guerra en el Perú y la primera de ellas era una compensación de fuerzas colombianas, lo que hace decir al General Mitre: "Balanceadas las fuerzas, no obstante la desproporción numérica, inatacables los beligerantes en sus respectivas oposiciones, mil o mil quinientos más o menos de parte de los independientes, no alteraban el equilibrio, mientras podían ser decisivos en la guerra de Quito, para traer después al Perú el concurso de las fuerzas triunfantes en el resto del Continente; de aquí la decisión de San Martín de unir sus armas con las de Colombia, aun antes de formalizar el pacto de alianza ofensivo y defensivo con Bolívar."

Para la apreciación exacta es preciso contemplar los caminos que San Martín tenía para efectuar la conjunción armada que le ofreció, que solicitó Bolívar con insistencia y que también él estimaba necesaria. El Libertador se abrió camino con su ejército hasta los puertos del Pacífico y sólo pedía naves para llevar sus tropas a Guayaquil y al Perú: era la línea de resistencias casi nulas en cuyo recorrido estaban las soluciones de los problemas colombianos y peruanos y, por consiguiente, de la independencia continental. El Protector tenía elementos para esta solución militar, podía enviar barcos a buscar los batallones que esperaban en Buenaventura desde Enero de 1822 y si no lo hizo fué porque otros motivos le dictaron la medida de enviar tropas de su ejército a Colombia, en vez de los venezolanos que actuaban en el Perú.

El Protector había halagado a cierto círculo peruano con la mayor grandeza del futuro reino al que se incorporaría la provincia de Guayaquil que estaba, como dice una carta del Ministro Monteagudo, hecha el juguete de cuantos pueden más que ella: Una División peruana, con un jefe pe-

ruano, que triunfara en unión con las tropas de Colombia podía ser la base de la anexión, del poder más que los demás, y de este modo la preferencia acordada a un problema local eliminaba el rápido viaje marítimo de las tropas de Bolívar que habrían resuelto la controversia guayaquileña en favor del derecho de Colombia; este viaje era sustituido por el de tropas peruanas que influyeran en la incorporación de Guayaquil al soñado reino del Perú.

En postrer análisis, resulta que un antojadizo programa de ampliaciones territoriales, que era un consuelo para los menosprecios que sufrían los patriotas peruanos, retardó la concentración americana y privó al General San Martín de la reunión eficaz de sus propias fuerzas en una acción repulsora del enemigo, lo que pudo conducirle a una victoria o a la preparación de ella con la llegada de los colombianos.

La especial atención de esta conquista de Guayaquil ejercía una perniciosa influencia social: los gobernantes que anhelaban ese territorio estimulaban así el patriotismo peruano y en el pueblo nacía un sentimiento adverso a Colombia que aparecía codiciosa del dominio ajeno; al propio tiempo, en los altos círculos Bolívar era como un avasallador de naciones que, si hoy cautivaba a Guayaquil, podría intentar mañana incorporar al Perú en sus dominios.

La política protectoral, que no acertaba a conservar la unión peruana, perturbaba así la fraternidad americana que venía realizando el Libertador, no para predominar sino para que de la común armonía resultara la conquista del derecho y el merecimiento del respeto de las naciones.

La expedición peruana en auxilio de Sucre no pudo tener las influencias locales en ella vinculadas gracias a la energía del venezolano y al buen juicio de Santa Cruz; mas, si en lugar de ellas, se obedece al programa de Bolívar, América habría ahorrado largos años de combates aunque Colombia no hubiera inscrito en sus banderas las glorias de Pichincha y Bomboná.

Un resultado positivo tenía la expedición conjunta de Bolívar y de Sucre, mas no podía tener igual alcance aquella ofensiva-defensiva que San Martín enviaba al Sur del Perú. Era de nuevo un halago para el maltratado nacionalis-

mo peruano el que buscaba San Martín en esta empresa, una distracción para la opinión pública quejosa del desmedro en que se mantenía a los hijos del país; San Martín confiaba esta vez el incremento territorial a jefes peruanos.

Era el primero de ellos el General Domingo Tristán, que había servido en la marina y en el cuerpo diplomático de España, arequipeño de noble cuna, cuyos éxitos podían darle marcados influjos en la política del Protector. Su insuficiencia militar fué reparada, dándole como segundo al Coronel Agustín Gamarra, cuzqueño nacido en el humilde hogar de un escribano y de una india. Inteligente, Gamarra hizo una carrera en el ejército español desde las campañas de Goyeneche y llegó al grado de Coronel; su educación y temperamento lo hacían partidario de la revolución y, desde el desembarco de la expedición chilena, buscó la ocasión de ingresar a las filas patriotas. Fué acogido en el ejército y cooperó con entusiasmo en las campañas de la Sierra.

No era este personal directivo el más adecuado para una campaña que exigía vigorosa unidad de comando; el segundo jefe tenía dotes militares, práctica de los combates y gran conocimiento del terreno de operaciones. En cuanto al General, era más apto para una campaña de propaganda. Para tales superiores con ideas divergentes, era necesaria una orden precisa que no recibieron, limitándose San Martín a reglas generales de prudencia y a indicar la comarca de Ica como teatro de sus hostilidades. La seguridad de sus maniobras la encontraría Tristán en la divergencia del enemigo que procuraría una División sobre Jauja; era como el croquis de una buena campaña, sin que se pensara en realizar este movimiento de dislocación y sin que se diera al núcleo agresor la dirección de primer orden que requería.

Llevaba Tristán cerca de 2,500 combatientes, con el batallón selecto Número 2 de Chile, los cuerpos 1 y 3 del Perú, escuadrones de lanceros y granaderos y una batería de 6 cañones; el objetivo de su acción de propaganda se acentúa por la existencia en su parque de una imprenta y de 4,000 fusiles para armar a los pueblos que se plegarían a la rebelión.

Contra Tristán movilizó el Virrey desde su capital del Cuzco, a Jerónimo Valdés, desde Arequipa con 300 hom-

bres, y a José de Canterac, desde Jauja, con 1,400 infantes, 600 jinetes y 3 piezas de artillería. El Coronel Gamarra se había avanzado hasta Nazca y de allí a la cordillera, en demanda de las tropas de Arequipa; entretanto, Tristán sabía la marcha del enemigo desde Jauja y llamaba a Gamarra a reunirsele. Efectuada la concentración de Ica, y después de muchas juntas de guerra, acordaron replegarse a la capital, disponiéndose a evacuar Ica en la noche del 6 de Abril de 1822.

El General Valdés tenía todos los caminos tomados y la División patriota fué totalmente destruída el día 7 en los callejones de la hacienda Macacona. Tristán y Gamarra se retiraron a Pisco y, sometidos a un consejo de guerra, quedó establecido, según las propias palabras del historiador de San Martín, que "el responsable era el Protector del Perú, Director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara " a manos tan incompetentes como flojas las armas y la bandera de la revolución."

Era un desastre que afectaba al prestigio del Gobierno protectoral, que apagaba los entusiasmos nacionales y que daba nuevos bríos al español victorioso. La derrota de Ica iba a ser compensada en lejano frente por el triunfo de Pichincha y, estimulado por su responsabilidad, el General San Martín asumió la dirección inmediata de la guerra, levantó el ánimo público dando vigores a la organización del ejército nacional y preparó un nuevo programa.

Mientras reconstruía sus líneas, el Protector enviaba agentes a Chile y Argentina, en busca de auxilios para la combinación estratégica que ocho años antes había trazado el primer gobierno chileno. Hacia los gobiernos del Plata iba el Comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente, en cuyas instrucciones figuran los siguientes planes: "Procurará por " todos medios hacer presente a los respectivos gobiernos el " interés general que va a reportar a todas las Provincias Unidas de una cooperación activa sobre el Alto Perú para " obrar de acuerdo con el Ejército que va a desembarcar en " puertos intermedios, a fin de abrir su comunicación con " aquellas. Por este medio la campaña debe terminar en el " presente año."

La expedición auxiliadora debía venir, según los deseos de San Martín, a órdenes de José María Pérez de Urdininea, originario del Alto Perú y que en esos días era gobernador de San Juan. "La campaña es segura, decía el Coronel Pérez, si Ud. me ayuda con sólo 300 hombres de la Provincia de Cuyo. Una División de 4,500 hombres de mi Ejército debe embarcarse para puertos intermedios al mando del General Rudecindo Alvarado. Espero los mejores resultados. La Patria así lo exige y el honor de nuestras armas lo reclama. La cooperación de todas estas fuerzas con las de Tucumán, Salta y Santiago del Estero a las de Alvarado, va a decidir de la suerte de la América del Sur."

Sólo ahora, nueve años después de su nombramiento para reemplazar a Belgrano tras de sus desastres de Ayohuma y Vilcapugio, veía el General San Martín con claridad el programa estratégico americano. En 1813 había adoptado San Martín una actitud defensiva en Tucumán, cuyas consecuencias fueron la relativa tranquilidad del Virrey del Perú en ese frente y su agresión contra Chile en las tristes campañas de 1814. Con su defensiva de Tucumán y una larga pasividad de 3 años en Cuyo, el General San Martín había alejado la guerra del territorio argentino con las fatales consecuencias que esto tuvo para la consolidación de la unidad de su patria y con la provocación del esfuerzo máximo que la emancipación pidió a Venezuela, Colombia, Ecuador y Chile.

La opinión chilena había pedido en 1813 que los ejércitos del Plata vigorizaran las ofensivas de su propio frente, mientras Chile formaba una escuadra para combatir al Virrey del Perú; estas ideas fueron comunicadas al Directorio de Buenos Aires, pero no fueron escuchadas, prefiriéndose la defensiva contra el español en las fronteras de Salta y en los Valles de los Andes. Después de nueve años de guerra, San Martín se acogía al programa chileno para remediar el fracaso de sus extraños proyectos militares que hacían de los ejércitos que obraban en el Perú simples provocadores de una rebelión, como antes creyera que sus batallones de Tucumán iban a impulsar la revuelta del Alto Perú con emanaciones de entusiasmo transmitida desde la Ciudadela que construía en esa lejana Provincia.

Ya era tarde para obtener esta cooperación de Argentina, quebrantada por la guerra civil, y cuyos dirigentes continuaban en su aislamiento de la empresa continental. Al decir esto, no tememos ser rectificadas ya que la existencia de jefes y soldados del Plata en la expedición chilena libertadora del Perú, no puede ser estimada como una cooperación nacional, sino como la adhesión de un grupo de hombres que no fueron asistidos por su patria sino por Chile, que los hizo miembros de su fuerza armada y que les agradeció las cooperaciones a su propia libertad, dándoles por jefe a quien los había congregado en sus campamentos de Mendoza.

Un atractivo tenía este programa: la reconstitución de los límites del antiguo Virreinato, que se haría conjuntamente con la libertad del Perú. No había sido feliz la política argentina para formar la nación dentro de los límites de la antigua colonia: el Paraguay y la Banda Oriental se segregaban y el Alto Perú, aunque enviara diputados al Congreso de Tucumán de 1816 y acogiera con entusiasmo las primeras expediciones platenses, estaba aún sometido al Virrey del Perú y sus habitantes manifestaban deseos de autonomía y, ya que las armas argentinas no se la daban, la aceptaría de cualquier otro aliado que apoyara sus iniciativas. Este es el génesis de la formación de la República de Bolivia en las Provincias del Alto Perú, una de las consecuencias de la nunca bastante criticada pasividad del General San Martín al frente del Ejército de los Andes en 1813 y 14.

La marcha de la División que el Protector pensaba encomendar al General Alvarado, además de someterse a sus conexiones con las tropas de Argentina, debía cumplir las siguientes instrucciones: "mantener ileso y en su respectiva integridad todo el territorio que por sus límites conocidos corresponde a las Provincias Unidas del Río de la Plata y, si los prósperos sucesos que espero, libertasen del todo a dichas provincias, convocará un Congreso, según las circunstancias lo exigieren y lo demande la utilidad del país."

El General argentino en su campaña al Perú, pretendía resolver el problema argentino y para incorporar a su patria la región del Alto Perú, que podía corresponderle en virtud de los tácitos convenios sobre el mantenimiento de los lími-

tes coloniales, había evitado la invasión argentina de ese territorio y venía a tomarlo como una consecuencia de la guerra, cuya dirección le confiaba Chile para que hiciera la independencia peruana. San Martín, en las hondas cavilaciones de su alma, traía sin duda ese propósito de grandeza de su patria, al cual venía consagrando la ordenación de todos sus actos y ante él nos aparecen secundarios en su directiva las inspiraciones de guerra continental, sin que sea necesario para afirmar esta conclusión más recuerdo que su indiferencia por la reunión de las fuerzas colombianas, cuya función era americana, y su interés por la expedición de su ejército al Alto Perú con finalidades tan precisamente argentinas como las que brotan de las instrucciones transcritas. Cumplió San Martín su deber de argentino y pudo llenarlo si su propia campaña hubiera tenido el éxito feliz que no supo darle. Era la máxima aplicación, muy patriótica si se quiere, del principio de economía de fuerzas en los preliminares de la empresa y exigiendo sólo cooperación para el encuentro final cuyo suceso preparaban otros elementos.

Mas, ninguna fuerza tiene acción sin un punto de apoyo y el error de San Martín fué precisamente el de eliminar de su patria las resistencias a que debió aplicar las pujantes energías de un pueblo conmovido por el germinar de sus nuevas aspiraciones; el objetivo era la lucha contra el extranjero para robustecer el nacionalismo y justificar las expansiones jurisdiccionales; eliminar este objetivo por la política defensiva era trocar las actividades en una fermentación turbulenta que produciría el regionalismo.

Es curioso observar como el General San Martín, en lo íntimo de su conciencia, debió meditar sobre sus errores, pues reparaba los de carácter militar con estas instrucciones para el Jefe expedicionario y aun reaccionaba contra los de carácter político con las que luego le imparte diciéndole: "Ante
" el Congreso General presentará estas instrucciones y pondrá a disposición de él todas las fuerzas del Ejército de los
" Andes para que la soberanía de aquel Estado resuelva como tenga por conveniente, debiendo elevar a la alta consideración de la misma la dignidad de los servicios de cada uno de los individuos que las componen, cuya constancia, honradez y trabajo lo demandan tan justamente "

Su experiencia en el Perú le hacía recomendable para la expedición de Alvarado los mismos procedimientos que sólo tardíamente practicaba; si este jefe debía consagrar sin tardanza un Congreso en el interior, sobre el avance mismo de sus armas, no se ve dificultad alguna para que San Martín hubiera aplicado esa doctrina desde su llegada a Lima, haciendo derivar su autoridad de la Nación y no de su voluntad. El General jefe de las fuerzas chilenas, Francisco Antonio Pinto, caracteriza la situación del Protector atribuyendo el malestar del Perú "a la falta de un gobierno capaz de establecer responsabilidades, pues se consideraba al General San Martín sin el prestigio que da el mando cuando no emana de un gobierno."

Con todas las formas de una administración pública aceptada, el Protector sólo había constituido una dictadura militar que no se podía justificar sino por sus éxitos; los que logró fueron de sus tropas y de la cooperación nacional y, como ésta no se estableciera en la forma correcta que el mismo San Martín recomendaba al General Alvarado, el prestigio continuaba pendiente de la victoria y, fracasos como el que acabamos de indicar, lo anulaban completamente. Su responsabilidad obligaba a San Martín a recuperarlo y se entregaba a la obra reconstructiva que hemos señalado, siempre fuera del rumbo netamente americano que debía jalonearse en el vigor de nacionalidades y no en el agotamiento de este espíritu.

Hemos sostenido que había una nación peruana con nexos internos propios que pudo San Martín orientar eficazmente hacia el pronto término de la guerra emancipadora y, sin embargo, debilitó esos lazos íntimos por la introducción del sentimiento perturbador de una monarquía peruana, por el desencanto de una sociedad que veía el menosprecio de sus hombres y por la desilusión de todo un pueblo que se sentía conquistado y no libertado, de cuyos destinos se disponía sin su acuerdo y cuyo territorio era camino de tránsito para otros objetivos. Triste es decirlo, pero la verdad es que San Martín había roto una unidad nacional y esto es su diferencia sustancial, la que elimina toda comparación posible con el genio de Bolívar que venía creando almas nacionales orientadas todas hacia una finalidad común.

También había destrozado la expedición que Chile pusiera en sus manos y a la cual se incorporaron los venezolanos que estaban en el ejército del Virrey. Aquellas sus finalidades netamente argentinas le llevaron a dar importancias excesivas a la brigada de los Andes y a sus compatriotas y, si recordamos las diversas comunicaciones que hemos citado, en todas ellas habla San Martín del Ejército de los Andes, lo que hace aparecer al escaso núcleo de soldados argentinos como la base de una fuerza que era chilena. Despedazado el interior del Perú, estos procedimientos tendían a desgarrar también las afecciones externas de hombres que se sentían unidos por la gloria de sus pasados combates.

Para restablecer esta situación, envió San Martín a Chile un Ministro Diplomático, el Señor José Caverio y Salazar, con el encargo de pedir nuevos auxilios de tropas. Chile había realizado un esfuerzo sin proporción ni medida para cumplir su deber americano, equipando una flota y el ejército que confiara a San Martín, y aun luchaba contra los españoles en las provincias australes; el Director O'Higgins no satisfacía completamente a la opinión y sobre él se reflejaban los desaciertos de San Martín en el Perú, haciendo difícilísima su posición. Sin embargo, Chile haría lo posible y enviaría desde luego 400 soldados de caballería.

Era éste un aspecto de la misión del Ministro Caverio; llevaba además instrucciones de carácter político que dicen así:

“Con el mayor interés, y como objeto primario de su misión, trabajará eficazmente en que el Gobierno de Chile se uniforme en sus ideas al que conviene adaptarse en el Perú, según lo acordado con anterioridad en la materia por el Consejo de Estado.

“Difundirá por todos medios la opinión sobre la responsabilidad y rectitud del Gobierno del Perú y que sus planes políticos son los más ventajosos a la tranquilidad y progresos de su territorio, al tanto que favorables a la causa de América.”

“Se pondrá en comunicación con los gobiernos de las provincias del otro lado de los Andes, principalmente con la de Buenos Aires, procurando estar de acuerdo con los

“ escritores de papeles públicos de ella, a fin de que, por
“ medio de regalos, apoyen las ideas del Gobierno del Perú.
“ o no las contraríen.

“ Podrá ajustar tratados secretos con el Gobierno de Chi-
“ le sobre los puntos de su conocimiento contenidos en esta
“ instrucción.—Lima, Mayo 15 de 1822. — José de San
“ Martín.—Bernardo Monteagudo.”

Este documento nos demuestra que el General San Martín aun perduraba en sus planes monárquicos y aquella combinación de fuerzas debería darle la unidad que él buscaba sin perjuicio de recurrir a los tratados secretos y al inno- ble procedimiento de los regalos, para llegar a constituir el reino de sus afanes, según los acuerdos de su Consejo de Estado a fines de 1821, reino al cual podría ingresar Chile, según lo indica la correspondencia de San Martín a O'Higgins, y que el Director chileno rechazó con todo el vigor de quien se siente intérprete de una sana democracia.

En estas labores completa el Protector un año de dominio en el Perú y su balance no es satisfactorio: conserva el territorio que se había incorporado fácilmente desde la llegada de la expedición libertadora; ha perdido el que se le mostrara tan propicio en las dos expediciones de Arenales; ha suscitado y dado mayores fuerzas a una cuestión inter-americana, la de Guayaquil, creando recelos entre Colombia y el Perú; aun preludia nuevos conflictos de esta especie con la expedición de Alvarado para incorporar la zona del Alto Perú a las Provincias del Plata; ha comprometido hondamente la disciplina de su ejército; no se ha conquistado la afección popular peruana por el menosprecio de sus hombres; ha perturbado el germinar de la simiente democrática, única susceptible de arraigar en nuestro Continente, por la propaganda del monarquismo; consecuencialmente, el nacionalismo peruano, que pudo constituir poderoso, no encontraba atracciones definitivas ni en los ideales que aparecían contradictorios, ni en los hombres que por esta misma contradicción aparecían divididos.

Doloroso es decirlo, pero era un triste resultado para tan grande esfuerzo del pueblo chileno y de los patriotas del Perú; era la retrogradación revolucionaria en sus idealismos

y en sus tendencias de unificación, era la antítesis de los avances democráticos de la revolución en el Norte que triunfaba por la fraternización en torno de un hogar encendido por la voluntad de todos. Si el General San Martín se hubiera ceñido estrictamente a los programas que le comunicó el Senado de Chile y que eran la inspiración misma del Tratado de cooperación con las provincias del Plata, pacto que sólo Chile cumplió, diverso habría sido el rumbo de la guerra en el Perú; San Martín se habría conciliado desde el primer momento todo el favor popular, tan bien dispuesto por las primeras visitas de la flota chilena, y constituyendo de acuerdo con esos principios un gobierno nacional, la expedición habría sido una brillante ráfaga de triunfos militares y políticos. Era un idealismo demócrata el del Senado chileno y el General San Martín no supo interpretarlo.

El conductor de los pueblos colombianos obedecía a las encumbradísimas inspiraciones de su doctrina de dignidad humana y aplica esta fuerza a las responsabilidades que ella misma suscita, la de labrar la felicidad por el esfuerzo que sólo es eficaz por el juego de las fuerzas atractivas en todo el campo que les da la naturaleza. De este idealismo de Bolívar nacieron su democracia ordenada, su confianza en las fuerzas populares, su concepto de la dirección como un deber y no como un privilegio y, finalmente, el trazado de un sector de acción que no podía ser sino todo el Continente civilizado por los antepasados de quienes conquistaban su libertad. Esa era el alma de Bolívar, filósofo investigador de las causas y consciente del poderío para hacerlas servir todas ellas al perfeccionamiento que es el destino de la humanidad, al que se llega siempre si es dirigida con acierto por quienes conocen sus energías.

Alma grande también la de San Martín, vislumbró como la mayoría de los próceres americanos, toda la extensión de la obra civilizadora que correspondía a las nuevas generaciones; pero el génesis de su devoción revolucionaria no es igual al que contemplamos en Bolívar, es como el de casi todos los que combatieron por la libertad. Había un ultraje de derecho y era preciso exigir su reparación; esto imponía la definición de las nuevas prerrogativas y luego su amparo

permanente; ante este espíritu local de la revolución, el enemigo era poderoso y la contienda debía generalizarse, la rebelión se americanizaba congregando a los que eran capaces de estas mayores abnegaciones, entre ellos al General San Martín. En la contienda se manifestaron, ante la luz de la libertad, en su espléndida variedad todas las aspiraciones humanas y en su fermentar tumultuoso se comprometía el bien adquirido; los luchadores que así habían subido en sus nuevas concepciones se pronunciaron contra estos efectos transitorios y llegaron a desconfiar de su propia obra. Así fué San Martín, que abrió con su espada un camino a la democracia y que la aprisionaba en las redes de su gobierno, destruyendo casi su propio edificio.

El contemplador de causas que era Bolívar realizará la obra integral porque sabía dirigirla; el simple observador de efectos no dominaría las fuentes de que manan y dejaría su faena incompleta, suscitando aún tropiezos para la más amplia acción de las fuerzas que el Libertador revelaba.

En estas situaciones, jefe uno de una democracia triunfante y comandante el otro de un ejército que se deshacía en sus manos y protector de un pueblo en que había provocado recelos, animosidades y hasta negaciones de su idealismo, iban a encontrarse Bolívar y San Martín que eran los paladines emblemáticos de la revolución del Norte y del Sur. En realidad, Bolívar reflejaba al Septentrión que él había dirigido y no podemos dar el mismo carácter a San Martín que sólo representaba el vigor de su propio temperamento, especialmente robusto, pero que no correspondía al espíritu de quienes le confiaron sus armas para que con ellas hiciera triunfar los principios de sana democracia que le trazó el Senado de Chile.

La entrevista a que vamos a asistir marca la crisis de esta etapa de la revolución americana y para apreciarla en todo el misterio de que se la ha rodeado nos ha sido necesario trazar este cuadro del nacionalismo peruano en frente del Protector San Martín.